

II. PERIODO DE CONSOLIDACIÓN (1605 - 1767)

1º ERECCIÓN DE LA VICEPROVINCIA DE QUITO EL PRIMER NOVICIADO

Señalo como comienzo de este segundo período el año de 1605 por ser el de la fundación de nuestro primer noviciado en tierras del Reino de Quito, y el de la creación de Viceprovincia del Nuevo Reino y Quito.

Como dato nuevo tan sólo citaré la descripción que de los primeros novicios nos ha conservado una carta escrita el mismo año de la fundación o sea 1605. "Compróse también para la avitación de los del Collegio vna casa inmediata de la que tenían no pequeña necesidad. La qual parece que el Sr. nos la previno junto con la voluntad de tomarla antes que siguiese esta de Prouincia en la qual se asentó el Nouiciado della con tanta comodidad. Al recogimiento de los Nouicios y vnión con nuestro collegio que no se podía desear más, y al qual parece tenía el Señor escogidos algunos buenos sugetos con muy antiguas y solidas vocaciones. Los quales si aquí no se resibieran, les era imposible yr a Lima a este estudio, por la largura e incomodidad de los caminos. El primero fue vn sacerdote que auia oydo latín, un año o dos de arte y otros tantos de theulugia moral, de tan buen exemplo y vida que no dio pequeño exemplo y edificación en la clerecia de este obispado con su entrada, mostrando muchos, buenos deseos; y aun poniendo muy eficaces medios para seguirle, será el Señor seruido consiga sus buenos efectos; en 2º lugar se resiuieron dos estudiantes de muy buenas avilidades y naturales auian acabado su latinidad consumadamente y comenzado el curso con grandes muestras de ingenio y no las avian dado menores de virtud y disposición para nuestra Compañía resibiose el quarto que aunque después dellos les era compañero en todo. Y ledos ellos eran estudiantes del seminario. La Compañía tiene aquí a su cargo en el qual quedan otros muchos que aunque hazen grande instancia y son muy aproposito para lo mismo se les dilata; assí por no cargar de gente nueua al nouiciado que también es nueuo; como también porque el Collegio a menester más gente que de presente le ayude que no que le gaste. Con estos quatro se an resebido otros tres para Coadjutores temporales, y todos an compenzado con el ferbor que suelen nuestros nouicios en mortificación, oración, y exercicio de las otras virtudes; el Señor lo conserue y lleue adelante".

Pero, como dije a un principio, no estoy haciendo ni siquiera la crónica de la Compañía en el Ecuador y Reino de Quito, sino tratando de escudriñar sus principales hechos, en nuestra historia.

2º LAS MISIONES JESUÍTICAS. SUS EXPLORACIONES

Como queda dicho, nuestra labor misional estable entre infieles la inicia el P. Onofre Esteban por la región Occidental con las tribus de los Colorados en 1592. Continúa en 1600 por entre los salvajes que vivían por el lado noroccidental del Pichincha y funda las pequeñas poblaciones de Nono, Míndo, Nanegal, Gualea, Bolaniguas y Cicaniguas y se interna por los Esmeraldas donde funda Nuestra Señora de Loreto.

En 1602 el Padre Ferrer se dirige, por la vez primera, a nuestras selvas nororientales, a la región de los Cofanes, en donde al año de vivir con ellos, en el villorio que había fundado, de San Pedro de los Cofanes, inaugura el 29 de junio de 1603 la primera iglesia. Un año después logrará reunir una reducción de 6.500 entre sus pueblos de Santa María y Santa Cruz. El P. Ferrer es el primer jesuita que siguiendo el curso del Aguarico y Napo llega al Marañón en 1605.

Al padre Rafael Ferrer le estaba también reservada la gloria de marcar el primero con su sangre el comienzo de estas gloriosas misiones del Oriente ecuatoriano.

En 1638 llegan a Borja los padres Gaspar Cugía y Lucas de la Cueva como misioneros estables; entraron por Loja y pasando por Jaén de Baracamoros y Santiago de las Montañas navegando el Marañón vieron por vez primera el famoso salto de El Pongo

de Manseriche, el cual nos describe el Padre Cueva: que "tiene de largo tres leguas. Navegase con indecible velocidad, con el Jesús y Creo en la boca, porque el riesgo de la vida está siempre a los ojos. Allí bate el río grandes peñazcos con tanta violencia que surtiendo sus corrientes, bullen hacia arriba, abriendo grandes olas y muy profundos remolinos". Este mismo padre en 1642 intentará remontar las aguas del Pastaza y llegar a Baños de Ambato como años antes lo hiciera por el río Santiago y Paute en busca de camino expedito para Cuenca.

Los Mainas fueron los primeros en recibir la predicación del P. Gaspar Cugía y los Jeveros la del padre Lucas de la Cueva. Al primero le cabe la gloria nunca ponderada de haber fundado la primera escuela en nuestras selvas en Borja, una para niños y otra para niñas.

No es nuestro intento historiar las misiones; baste indicar como índice de la labor y esfuerzos gigantescos de los padres que el P. Gaspar Cugía cuando en 1653, es decir quince años desde su primera entrada, tiene que dejar sus queridas misiones para hacerse cargo del Rectorado de Cuenca y Viceprovincialato de Quito; deja fundadas trece poblaciones a orillas del Marañón y del Huallaga, con un total de **70.000** indios.

Desde estas mismas riberas el año siguiente, 1654, el P. Raimundo de Santa Cruz siguiendo el Marañón, Napo y Aguarico sale por Archidona a Quito llevando consigo cuarenta indios cristianos que por la vez primera llegan a la Capital de la Real Audiencia, como fruto de las misiones jesuíticas orientales.

Cree que no será cita muy larga la que a continuación pongo. Se trata de una afirmación de nuestra nacionalidad. Los primeros habitantes cristianos de nuestro Oriente no salen a Lima, sino que vienen a su Capital, a sus autoridades y son traídos por un jesuita ibarreneño, antiguo alumno del Colegio de San Luis y novicio de nuestra casa de Quito, para cantar en su lengua cocama la afirmación de su fe y quiteñidad.

"Mándósele orden al P. Raimundo para que, se detuviese cerca de la ciudad, donde se le remitieron bastimentos. Determinóse el día con unánime consentimiento del Sr. D. Diego Carrascal, Presidente de la Real Audiencia, y del Sr. D. Alfonso de la Peña Montenegro, obispo entonces de Quito; quien con junta de su Venerable Coro dispuso cuanta eclesiástica celebridad, pompa y ostentación fue posible para el crédito de aquel triunfo de la Religión cristiana.

Salió la Comunidad de los Jesuitas en procesión que cerraba la bellísima estatua de S. Francisco Javier, a cuyos timbres tocan los despojos de la conversión del gentilismo. Procedían a esta Comunidad las tres Congregaciones fundadas en la misma iglesia de la Compañía, con las advocaciones de Loreto, de la Presentación y del Salvador, con diversidad así en los adornos como en los músicos instrumentos. Dirigióse la vistosa procesión a la iglesia parroquial de Santa Bárbara, poco antes de la entrada de la ciudad, donde estaba el P. Raimundo con sus indios, impacientes por hacer ostentación de sus pobres pero airosas galas. Se reducían estas a un vestido uniforme talar de blanco algodón, uso que para la honestidad cristiana les habían introducido- sus misioneros. Llevaban todos sus guirnalda en la cabeza, adornadas de plumas de diversos vistosísimos colores, el arco en la mano, el carcaj y flechas sobre el hombro.

Llegada la procesión, fue interpolando el P. Raimundo sus, indios, con los de las Congregaciones, para que los gobernasen en la marcha, que había de dar vuelta por las calles principales, adornadas todas con hermosas tapicerías hasta llegar a la Catedral. Desde el punto que comenzaron a caminar se puso la procesión toda en silencio, y entonó el P. Raimundo las oraciones de la doctrina cristiana en el idioma Cocama, en el mismo tenor que en las Misiones; repitiéndolo todos sus indios en su acostumbrada forma. Los ecos del uno y de los otros, no es decible cuanto movieron los corazones del inmenso pueblo y concurso, a devoción y ternura; pero incomparablemente más al ver al P. Raimundo. Iba con el mismo traje que acostumbraba en el Marañón, esto es con un saco de algodón pardo, hecho con sus manos, que cuando nuevo le daba a media pierna; y reduciéndolo el tiempo con los abrojos del camino a mayor altura, apenas le colgaba de la cintura tal cual andrajo que le azotaba las piernas. Estas estaban desnudas como siempre, sin poder sufrir cosa que le sirviese de medias, por tenerlas hechas pedazos con heridas

y vivas llagas; los pies, heridos del mismo modo, apenas sufrían unas plantillas de esparto, ligadas con hilo de lo mismo; llevaba a la mano una cruz larga; y la cabeza desnuda, toda pelada, sin un cabello, desde que se le cayó en su primera entrada a las Misiones.

Traje a la verdad extraño; el cual quitado el horror que causaba a la vista las llagas, era mejor para diversión y risa que para función tan seria; pero traje que no infundió sino devoción, ternura, confusión y asombro, moviendo la piedad en todos, y sacando en no pocos, sin resistencia el llanto. De este modo llegaron a la Catedral, a cuyas puertas esperaba el Cabildo eclesiástico, que cogiendo a sus hombros la efigie de S. Francisco Javier y entonando el **Te Deum**, se dirigió la procesión al Altar Mayor, y se cantaron las oraciones **pro gratiarum actione**. Siguió después con el mismo Cabildo la procesión a la iglesia del colegio Máximo, donde se repitió el Te Deum con las mismas oraciones y ceremonias. Allí al deshacerse el concurso, querían a fuerza los caballeros llevarse cada cual un indiano para celebrarlo en su casa; mas se les impidió por entonces; prometiéndoles que serían padrinos suyos en la solemne confirmación que disponía hacerles el Obispo.

En efecto, pasadas las primeras celebridades y regalos, que era muy debido fuesen en el colegio Máximo, se les señalaran los ahijados a los señores Deán, Canónigos, Corregidor, Regidores y otros caballeros de la primera nobleza; porque a porfía querían todos ser sus padrinos, y no alcanzaban más que para cuarenta. Habiéndose visto que en su asistencia y gala para aquel día tenían más lugar que la devoción, la profanidad y la competencia, se intimó a todos la moderación y la uniformidad del traje. Apenas pudieron reducirse a la uniformidad en la hechura o forma del vestido; mas fue imposible en la materia, porque se esmeraron a competencia, sin reparar en crecidos gastos, haciéndoles de ricas y vistosas telas, con muchos y finísimos encajes, franjas de oro y plata, y otros brillantes adornos, con que luciendo los indianos, estaban con el gozo enteramente fuera de sí.

Vistiéronse asimismo los padrinos de las mejores galas, y esperaron en la iglesia del colegio Máximo, donde se hizo la función del día aplazado por el Obispo, entrando éste acompañado de todos los jesuitas y de grandísimo concurso de toda la nobleza.

Se ejecutaron las sagradas ceremonias de aquel sacramento con magnífica pompa, solemnidad y aparato; y concluidas, llevó cada padrino a su respectivo ahijado para regalarlo aquel día con esplendidez. Cada cual hizo para el suyo otro vestido entero ordinario; para que sirviéndose de este en lo común, conservase la principal gala para lucirla en los días festivos de sus países. Dieron asimismo duplicado otros seis vestidos iguales para los seis indianos que habían quedado en el puerto; pues de otra suerte se hubieran muerto de celos, envidia y de pesar de no haber entrado todos. Sobre todo los cargaron de varios otros regalos y doncellillos, según el genio y aprecio de los indianos.

El gozo y ternura del P. Raimundo en estas funciones fue inexplicable.

Los deseos que tenían todos los Jesuitas de acompañarlo en su regreso fueron tan grandes, que los más hicieron fortísimos empeños, mas atendiendo el Vice-Provincial a la gran necesidad de otras partes; fueron pocos, según luego diré, los que consiguieron sus pretenciones." (**JUAN DE VELASCO. Historia moderna del Reyno de Quito y Crónica de la provincia de la Compañía de Jesús. Quito 1941**)

3º MISIONEROS DEFENSORES DE NUESTRO TERRITORIO

Con el pretexto de vengar la muerte de algunos españoles asesinados por los jíbaros, el Corregidor de Cajamarca, Martín de Riva obtuvo en 1655 del Virrey del Perú autorización para entrar en son de guerra y conquistar a los Jíbaros y otros pueblos a orillas del Marañón.

Cuando de esto se enteraron nuestros misioneros protestaron a una ante las autoridades civiles pues estos territorios pertenecían a la Real Audiencia de Quito. El Virrey desatendió los reclamos, pero Dios se encargó de oírlos, porque la conquista fue una derrota para el Corregidor. Pero por desgracia destruyó, como escribe un misionero' en "sólo un año de dicha conquista lo que con tanto trabajo los religiosos habíamos hecho en veinte".

"El general de la empresa, Dn. Martín de la Riva, - asegura el P. Chantre y Herrera -, se retiró con poca gloria a su gobierno de Cajamarca, gastados muchos pesos y padecido grandes trabajos sin haber conseguido oro ni plata que es lo que principalmente buscaba. No quiso Dios dar a este caballero, —sentencia el Padre—, las tierras de los Jíbaros porque no pertenecían a su gobierno de Cajamarca".

A pesar de su edad, no contento con sus reclamos por escrito, el P. Lucas de la Cueva emprendió viaje a Lima y Quito para querellarse con valentía ante el Virrey logrando no nombrarse Gobernador de Mainas a de la Riva y para solicitar de la Real Audiencia mejor atención para los misioneros. Sus 70 años no le impidieron volver a sus misiones para lanzarse por entre lodazales y peligros de todo género a conquistar nuevas tribus hasta las mismas fuentes del Curaray y domeñar a los belicosos Oas. Después de treinta y cuatro años de misionero con llanto en el alma y en sus pupilas, tuvo que dejar sus misiones para morir a los setenta y seis años de edad en nuestro colegio de Quito, en donde sus restos mortales son afirmación rotunda de nuestro dominio amazónico.

En el Catálogo de 1686 que da la "Razón y noticia de las reducciones y pueblos que ha fundado y tiene la Compañía de Jesús en la misión del Gran río Marañón desde el 30 de mayo de 1638 hasta el presente de 1686", sabemos que después de la muerte del Padre Lucas de la Cueva existían todavía a derecha e izquierda del Amazonas quince reducciones antiguas y seis que estaban formándose y tenemos noticia que en 1644 el Provincial de Quito envía como Visitador del Marañón al Padre Andrés de Artieda, el primer jesuita que en compañía del Padre Acuña y el Capitán Tejeira surcan las aguas del Amazonas hasta llegar al Gran Para Para para salir por allí a España y volver después a Quito dejando asentado el origen quiteño de nuestras rutas fluvias amazónicas.

En esta expedición los misioneros a nombre de la Corona de España y para la Real Audiencia de Quito toman posesión de todo el curso del Marañón hasta más abajo de la desembocadura del Napo, o sea en plena nación de los Omaguas, que eran las tribus de indios que habitaban en las islas del Marañón y sus riberas desde la confluencia del río Napo hasta el Putumayo. Estas tribus tuvieron como su misionero principal al P. Samuel Fritz, de quien hablaremos luego. Pero antes es necesario dejar aclarados dos puntos.

Dos errores peruanos

En el homenaje que rindiera el "Boletín Cultural Peruano" N° 7 a la memoria de Raúl Porras Barrenechea, página 10, he leído con admiración que salían "del Perú también los misioneros del siglo XVII que establecieron los primeros pueblos fraternos junto a los Omaguas y los Maynas en el curso mismo del Marañón y trazaron los primeros perfiles etnográficos del hombre amazónico y de la naturaleza que le rodea. Un misionero jesuita, el Padre Fritz, que había hurgado las primeras nociones claras de la Amazonia sin más instrumentos que la balsa india y el catecismo cristiano, llevó al Virrey del Perú, Conde de la Monclova, en 1692, el primer mapa del Amazonas..."

La fama del que fuera catedrático de historia, doctor Porras Barrenechea, nos es conocida, y de allí la admiración ante el párrafo anterior, que es suyo de él. Porque, conocedor como que era de los Archivos, ¿cómo pudo escribir que la primera expedición a los Omaguas salió del Perú? ¿Acaso no supo que en septiembre de 1620 salieron de Quito los padres Simón de Rojas, Humberto Coronado con el hermano Limón con dirección a Baeza, capital entonces del Gobierno de Quijos, y de allí pasaron al puerto sobre el río Napo el 15 de octubre del mismo año?

Y¿como se embarcaron y luego de visitar a los Encabellados, a los Coronados y Avishiras, llegaron a los Omaguas?

Por si dudasen de nuestra afirmación voy a copiar el precioso documento que, como tantos otros, guardamos los actuales Jesuitas de Quito, para atestiguar la verdad histórica de las pasadas jornadas misioneras. El mismo hermano Limón, es quien escribe: "...Llámase esta población San Juan de los Omaguas, son ya cristianos, porque el pasado año a 15 de octubre entraron los padres y yo en su compañía. Fuimos bien recibidos". Testimonio más claro no se puede aducir. Las posteriores entradas se hicieron desde Quito y cuando surgieron dificultades con las misiones franciscanas, ¿acaso ignoró el doctor Porras Barrenechea, que fueron la Audiencia de Quito y su Obispo quienes actuaron como jueces y fallaron la sentencia?

Y si habla de la primera entrada de descubrimiento, ¿acaso no fue el P. Ferrer, misionero de Quito, quien en 1605 los descubrió, como cuenta el P. Diego de Torres al rey en su carta de 28 de enero de 1606?

Tampoco está en lo cierto cuando habla de los Maynas. En efecto el 21 de octubre de 1639 salen de Quito los primeros misioneros, los padres Gaspar Cugía y Lucas de la Cueva, en compañía del gobernador de Maynas, don Pedro Vaca de la Cadena y llegan a la misión después de cuatro meses, exactamente el 6 de febrero de 1638.

Quizás se podrá decir que aun cuando salieron de Quite, el permiso lo recibieren de sus superiores mayores de Lima. Esto sería ignorar que ya desde 1617 los jesuitas quiteños dejaron de pertenecer a la provincia jesuítica del Perú. Por esto nuestro archivo está lleno de cartas que informan a los superiores de Quito y no a los de Lima de sus actividades. Por eso el Rey pide al Obispo de Quito y no al arzobispo de Lima informes sobre las misiones de los jesuitas del Marañón. (Madrid 30 de agosto de 1660). Por esto en sus dificultades con la Corona portuguesa los misioneros solicitan auxilio de la Presidencia de Quito y no a Lima. Y si alguna vez acudieron por este u otros motivos fueron desoídos, como en el caso del P. Fritz que luego indicaré.

Hubo, sí, una expedición de conquista que salió del Perú, la de don Martín de la Riva. Pero ella como bien saben los historiadores fue, y vuelvo a citar al misionero de entonces el Padre Lucas de la Cueva fue "para destruir en un año lo que habíamos hecho en veinte" y citando nuevamente a Chantre y Herrera "No quiso Dios dar al Corregidor de Cajamarca, las tierras de jívaros, cuya conquista procuraba, porque no pertenecía a su gobierno de Cajamarca". La fuerza tuvo que ceder al derecho.

El segundo error acerca del mapa del P. Fritz.

Y voy, brevemente, a referirme a lo que sobre el mapa del padre Fritz dice el historiador peruano.

No fue el Virrey del Perú, Conde de la Monclova, la primera persona en recibir, en 1692, el primer mapa del Amazonas, como dice Porras Barrenechea, y se ha creído comúnmente. Existe en la Real Academia de la Historia de Madrid, una carta escrita toda ella, por el Padre Samuel Fritz, en la que a 16 de diciembre de 1690, es decir, dos años antes de la fecha indicada por el historiador peruano, envía ya el primer mapa del Amazonas a su superior de Quito, el P. Diego Francisco Altamirano. "Va aquí, escribe el P. Fritz, para alguna noticia la mapa geográfica deste rio Marañón o Amazonas; no la pude hacer ahora con la perfección necesaria; si de aquí (Pará) me volviera para mi misión, daré otra más acurada por el camino de Quito".

Este primer mapa, por desgracia, hasta ahora, se encuentra perdido.

Se dirá, pero ¿por qué el misionero de Quito se fue a Lima y precisamente a visitar

al Virrey? Nadie mejor que el mismo padre Fritz, nos puede solucionar la interrogación. Existe en la biblioteca de Evora, Portugal, el diario de este gran misionero quien en el párrafo tercero cuenta el motivo de su viaje a Lima desde el pueblo de La Laguna, en donde "llegué a fines de febrero de este año 1692, habiendo gastado en el camino desde San Joachim 25 días. Aquí he encontrado a mi amado P. Enrique Richter, con el cargo de Vicesuperior, por estar ausente el Padre Superior Francisco Viva, disponiendo una entrada espantosa a los Xiba-ros". Desde aquí se disponía "pasar volando para Quito, para dar cuenta a esta Real Audiencia de lo que le había pasado en aquella jornada e intentos de los portugueses contra su misión y derechos de la Corona de Castilla; pero el señor Gobernador de Mainas y Marañón, don Jerónimo Vaca de la Vega, que se hallaba a la sazón en dicho pueblo, tuvo por más acertado que se pasase para la Corte de Lima..."

Además dado el adelanto tipográfico de Lima debió creer el P. Fritz que en esa ciudad más que en Quito le iba a ser más fácil imprimirlo. Esto nos confirma fray Martín Sarmiento quien dice así: "Passó (de Lauricocha) a Lima, que estaba cerca: dibuxó allí el Mapa con muchísima amplitud, y pensando que, ofreciéndolo al Virrey, se facilitaría abrir la lámina, no tuvo efecto o porque el Mapa era mui grande, (1,19 x 0,45) o porque el ánimo de los que debieran concurrir a los gastos era muy corto. Volvióse el P. Fritz a Quito muy desconsolado" .

El Virrey de Lima, si bien le ayudó económicamente para los gastos específicos de la misión, se equivocó en su juicio sobre el valor científico de este gran misionero cuya obra cartográfica se quiere ahora presentar en favor de quienes no supieron valorarlo cuando era menester. El Virrey en su informe al Rey, le escribió las siguientes textuales palabras: "Aunque está muy satisfecho (el P. Fritz) de lo bien delineado de él, porque da a entender 'ha visto todo lo dibujado; le he insinuado no ser fácil registrarse las distancias, que de una y otra parte del río describe, poniendo con tanta especialidad los nombres de las naciones de indios. Y aunque ha procurado satisfacer mi duda, confieso que no lo ha conseguido y quedo inclinado a que más es satisfacción propia que realidad la mayor parte de lo pintado en el mapa y escrito en el memorial que me ha dado". (14 de septiembre de 1692).

Cómo contrasta el juicio que dieran Jiménez de la Espada y de La Condamine del mismo Padre y de su mapa: "No sino leer su Diario manuscrito, escribe el último, del que tengo una copia (sacada por mí del original depositado en los Archivos del Colegio de Quito) para ver qué de obstáculos en la ida y en la vuelta no le permitieron realizar las necesarias observaciones para el trazado de una carta exacta". Y tanto apreció de La Condamine la obra del P. Fritz que no solamente se dió el trabajo de copiar el Diario sino, que para desgracia nuestra, otuvo quizás de José Pardo y Figueroa, que se le cediera el mismo mapa manuscrito y se llevó consigo a Francia y lo depositó el 27 de diciembre de 1752 en la Biblioteca del Rey. Por lo demás de La Condamine supo aprovecharse en su mapa mucho más de lo que declara, como se ha comprobado.

En Quito tuvo mejor suerte el P. Fritz que la que tuviera en Lima. Una vez reducido a dimensiones más pequeñas y con las correcciones que él mismo hiciera en el viaje de regreso a Lima a La Laguna, - según confiesa en su Diario -, el P. Juan de Narváez, hábil buridor grabó el mapa en Quito en 1707, y corrió el trabajo del estampado a cargo del hábil hermano Simón Schonherr.

Allí en la selva oriental, en el pueblo que se llamara "La Limpia Concepción de Jeveros", un 20 de marzo de 1725, fue enterrado su cuerpo, como hito de verdad y defensa históricas para quienes, como antes los portugueses, desean hoy día usurpar los sudores de los misioneros jesuitas de Quito. Y en esta ciudad, esperando pronta coyuntura para su publicación, reposan celosamente guardadas, como testimonio indiscutible, las cartas e informes autógrafos que el P. Samuel Fritz dirigiera a sus superiores residentes en

Quito, no en Lima.

4º MISIONEROS, EXPLORADORES Y CARTÓGRAFOS.

Si al P. Samuel Fritz le cupo la gloria de haber trazado el primer mapa del Amazonas, tiene además la de ser uno de los grandes exploradores de nuestro Oriente, y la de haber dejado fundadas 40 reducciones de gente civilizada y cristiana en nuestras selvas. Todas estas reducciones se hallaban esparcidas a lo largo del Amazonas, en una extensión de cuatrocientas a quinientas leguas, entre la desembocadura del río Napo y del Río Negro. En uno de sus viajes, fue tomado prisionero por los portugueses, quienes alegaban que todas aquellas regiones pertenecían a la Corona de Portugal. Enérgicamente protestó el P. Fritz en nombre de la justicia y de la verdad pues aquellos territorios habían sido reducidos por él para la Real Audiencia de Quito y por lo tanto para la Corona de Castilla, como parte integrante que era Quito. Los hombres doctos de Pará, a cuya cárcel se le llevó opinaban que el Padre tenía razón pero el Gobernador no quiso convencerse. Fue necesario que el mismo Rey de Portugal saliese en defensa de nuestras legítimas conquistas y diese orden de libertad al nuevo gobernador de Pará, Antonio de Alburquerque, para que a costa de su Real hacienda volviesen al misionero a sus reducciones y si era preciso, lo encaminasen hasta Quito.

El cabo Antonio Miranda fue el encargado de llevarle hasta sus queridos Omaguas, y al despedirse, dejó constancia de que hasta allí era Portugal. Mas entonces el Padre Fritz en señal de protesta clavó en el suelo su viejo bastón y en nombre de Cristo juró que seguiría misionando esas tierras que años atrás sin ayuda de Portugal, pero con orden de sus superiores de Quito, había inducido a la civilización para el estandarte de Quito.

Con justa indignación emprendió entonces el viaje a Lima para dar cuenta al Virrey y mostrarle su mapa, como queda dicho, pero el Virrey no tomó ninguna medida eficaz para defender el territorio de la corona, conquistado por el esfuerzo de misioneros quiteños.

Merece ponderación todo el Memorial que presenta al Virrey. Ponderemos su comienzo: "Yo, por el **derecho que adquirió de tantos años** la Compañía de Jesús en la conquista de los gentiles deste rio de Amazonas, fui enviado el año de mil seiscientos ochenta y seis, por orden de mis superiores de Quito, a la provincia de los Omaguas a doctrinar y reducirlos a la fe católica. ..."

Añadió el Padre en su empeño su "Noticia acerca de la línea de demarcación entre las conquistas de España y Portugal en el Río Marañón o Amazonas". Escribe luego a la Real Audiencia de Quito, protestando contra la invasión portuguesa, y solicitando defensa necesaria. En 1709 sale de Quito una expedición de 100 hombres para echar a los portugueses. Estos se retiran por un tiempo pero más tarde volvieron a ocupar el territorio de los Omaguas. Por ello el historiador español Antonio Astrain no pudo menos de escribir "Si España hubiera conservado todo lo que deseaba atribuirle el P. Fritz, el río Amazonas hubiera sido una verdadera posesión española y la actual República del Ecuador se introduciría como una inmensa cuña de trescientas leguas dentro del territorio del Brasil".

Pero no fue el P. Fritz el único misionero que trazara una carta geográfica. Reposadamente guardado en nuestra mapoteca el original del mapa que delineara el padre Francisco Javier Veigl y que lo incluyó en su obra el padre Chantre y Herrera, y que bajo el punto de vista etnológico es más completo que el del padre Fritz. Mapas parciales del Marañón trazaron también los padres Brentano, Maroni, Szluha, Szent-martonyi y Magnin. Este último, así como Brentano, trazaron el "Mapa de la Provincia de Quito con sus Misiones". De Brentano posee la mapoteca de nuestro museo un ejemplar. De Magnin es

don Carlos Manuel Larrea el único feliz poseedor.

5º MISIONEROS LINGÜISTAS

Para el enjuiciamiento del mérito que tenga la Compañía de Jesús en este campo lingüístico no estoy capacitado. Pero puedo decir que nadie hasta aquí se ha tomado este trabajo que tanta gloria daría a nuestra patria. Pues se dan como cosas nuevas aquellas que hace muchos años ya fueron iniciadas y quizás perfeccionadas por los misioneros del Amazonas. Me refiero concretamente al Instituto Lingüístico de Oklahoma.

El P. Rafael Ferrer inicia la lista gloriosa de nuestros lingüistas con su catecismo y vocabulario en lengua de los Cofanes. Quisiera seguir la lista lo más completamente posible, pero el tiempo no me permite consultar con nuestro Archivo de Roma, en donde se guardan varias obras inéditas. El Padre Richter por ejemplo, es autor de cuatro catecismos con sus vocabularios respectivos en los difíciles dialectos de los Piros, Campas, Comabas y Cunivos del Ucayali.

Testimonio fehaciente y perdurable de la quiteñidad de Iquitos es el Catecismo y Vocabulario que en esa lengua iquita compusieron primeramente los padres Bahamonde y Schwyora y después de tres años de perfeccionamiento la corrigió el padre Manuel de Uriarte. El Hermano Coadjutor Schonemam escribió también un vocabulario iquito, pues era muy versado en ese idioma. El mismo padre Fritz es autor de un catecismo, sermonario y vocabulario Omagua y Jíbaro. Según Hervás dejó importantes manuscritos lingüísticos el padre Bernardo Zurmillen sobre diversas lenguas de las naciones vecinas al Amazonas. El P. Adam Widman perfeccionó muchas de las gramáticas que encontrara de los antiguos misioneros y dejó valiosos manuscritos sobre el mismo tema. El padre Juan Lucero es autor de "Gramáticas y Catecismos de muchas lenguas de Quito, y principalmente de los idiomas Parapapura y Cocama".

Entre los manuscritos de la Biblioteca del Museo Británico pude ver la Gramática de la lengua Xebera de autor desconocido pero ciertamente jesuita pues en el folio 13 dice textualmente "Las oraciones en lengua xebera como se rezaban en los tiempos primeros del Vº Pº Lucas de la Cueva". Y allí mismo se encuentra el "Vocabulario en la lengua castellana, la del Inga y Xebera en 35 folios" de autor desconocido, pero creemos fue un jesuita.

El padre Guillermo Grebner compuso la Gramática de las lenguas Omagua y Cocama y el P. Matías Lazo la de la lengua de los Yurimaguas.

El padre Manuel de Uriarte, a quien citamos más arriba, escribió también "El Arte de la lengua Kiriri" y existe en la sección de manuscritos del Archivo Histórico Nacional de Madrid su "Quaderno de algunas reglas y apuntes sobre el idioma Pame... Contiene además la Doctrina Christiana, Confesonario y un Epílogo". Es la única gramática pame que se conoce.

En la Biblioteca Imperial de Berlín, en la Colección de Guillermo Humboldt, se conserva una Gramática Omagua sin autor. El padre Juan de Ribera es el autor de los Catecismos en lengua de los Paeces y de los Guanucas.

En cuanto a la lengua general del Inca o quichua si bien no incluimos en nuestra lista la "Gramática y Arte Nueva" del padre González Holguín, uno de los fundadores de la Compañía en el Reino de Quito, por cuanto la imprimió en Lima, y sobre todo parece que ya publicó unas anotaciones y quizás una primera edición antes de su venida a nuestra ciudad, tenemos que decir que nuestros misioneros con esta gramática, que a juicio de los entendidos, es la mejor, ya no se preocuparon en trabajar otra. Y digamos de paso tan buena debe ser esta gramática que el padre Lobato, redentorista, para la edición de la que se llama su gramática no ha hecho otra cosa que modernizarla.

En la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra la interesante "Breve instrucción o arte para entender la lengua común de los Indios, según se habla en la Provincia de Quito" año de 1753. El autor no se conoce, pero deduzco que es jesuita por la denominación de Provincia de Quite, que era la denominación jesuítica de entonces, y porque en el prefacio "Al lector" hace alusión a los Mainas, distrito de misiones de los jesuitas.

Existe un "Glosario quichua, aymara y castellano" que consta de 43 hojas y en la última, tiene de puño y letra del autor, cuyo nombre no se conoce, la siguiente anotación que corrobora lo destructiva que fue en todo orden la violenta expulsión de los jesuitas de este Continente por Carlos III. Con pulso sereno que no indica la emoción que sentiría su autor se lee: "Me intimaron salir d Ivarra, y suspendí escribir dha. na."

El padre Xavier Veigl es autor de una síntesis gramatical del quichua que hablaban las tribus del Amazonas y de Maynas. Está incluida en el "Status provinciae maynensis in America Meridionali".

El padre Juan de Velasco es autor del "Vocabulario de la lengua Peruana-Quitense llamada del Inca" que por ahora se cree perdido, pero que tengo las esperanzas de que se halle en el Archivo de la Provincia jesuítica de Toledo, pues en el Diario de viajes de mi esclarecido maestro, el Padre Aurelio Espinosa Pólit, encuentro que allí lo vio en su visita a dicho Archivo.

Es interesante la primera página del Prefacio por confirmar lo que sostienen otros lingüísticos coloniales que nuestros indios quiteños llegaron a formar un nuevo dialecto del quichua. El padre Juan de Velasco en la página 83 de su vocabulario prueba "la diferencia práctica en la Oración del Pater noster".

El Prefacio reza así: "La Lengua **Peruana**, o del **Inca**, se habla generalmente en todos los Reynos del **Perú**, por que haciendo los Incas la Conquista de ellos, la introduxeron, por Ley, en todos sus Dominios. Siendo el Reyno de Quito vno de ellos, se hizo esta Lengua dominante en todas sus Provincias. Ella en su origen fue propriamente la **Quichua**, muy limitada, la qual se fue aumentando con adoptar muchas palabras de las Naciones Estrangeras que conquistaron los Incas. Quando las Provincias del **Quito** se agregaron al Imperio del **Perú**, se hizo allí la lengua general mucho más difusa, y tomó otro semblante diverso, por que a más de adoptar muchas palabras de su Idioma, retubo el distinto modo de pronunciarlas, variando en algunas letras consonantes, y aun vocales.

De aquí es, que habiendo vna gran diversidad en las Provincias del **Cuzco**, y en las del **Quito**, apenas pueden entenderse los vnos con los otros, y es necesario que cada partido tenga su proprio Vocabulario. Mas há de 40 años, que yo formé uno. . ."

Esta lista, incompleta ciertamente, creo la cierran ya en la República los padres Leonardo Gassó y Manuel Guzmán con sus obras en quichua. Como dato que anuda histórica y lingüísticamente los dos períodos de nuestras misiones nos dicen en la Advertencia de su Directorio: "Apenas llegados al Vicariato del Napo los nuevos Misioneros, en 1869, tomaron al oído la doctrina que los rezachishcas o indios que hacen rezar á los demás, enseñaban. Pero muy luego echaron de ver que existían algunos vacíos en las oraciones que recitaban. A la verdad no era de extrañar, si se atiende al tiempo que aquellos rudos pueblos habian pasado casi sin misioneros. Procuraron los Padres, como les fue dado, llenar esas lagunas, no pudiendo hacerlo con el texto primitivo que aún no tenían entre manos".

"He aquí por qué la impresión de la doctrina que provisionalmente se hizo, en 1872, a instancias del activo y celoso Sr. García Moreno, hubo de salir bastante imperfecta y sin confrontarla con las doctrinas que usaron los antiguos Misioneros. La que estos adoptaron fue obra de mucha madurez, de conocimiento profundo de la lengua nativa y no menos sólido de la teología y costumbres é índole de los indios para quienes se escribía".

"Esto supuesto, y siendo tan necesaria la uniformidad en enseñar los misterios de nuestra religión y las oraciones con que nos dirigimos a Dios y a la Virgen, hemos adoptado el texto primitivo de los antiguos Misioneros, no precisamente cual salió de las manos de los Jesuitas que lo presentaron al Concilio Límense citado, sino como lo transmitieron los Misioneros de Mainas y el Napo a sus neófitos; aunque con las pequeñas variantes que ha hecho necesarias el decurso del tiempo y el olvido de los mismos indios".

Como gloria de familia guarda la Biblioteca Ecuatoriana "Aurelio Espinosa Pólit", la cartilla con que nuestros misioneros del Napo enseñaron a leer y rezar a sus neófitos en la segunda época de su apostolado, es decir, en tiempo de nuestra República. Está impresa en la Imprenta Nacional de Quito y fragante a selva y sacrificios lleva el título siguiente: PRIMERA ENSEÑANZA DE LOS NIÑOS DEL ORIENTE. Consta de 50 páginas que más que letras tienen el recuerdo y la constatación del patriotismo y apostolado de quienes supieron ser herederos de los misioneros de la Colonia que llevaron no las sombras, como es fácil repetir, sino las luces de la cultura quiteña a las dos bandas del Amazonas.

6º MISIONEROS FARMACEUTAS Y MÉDICOS

Tanto la historia médica como la sociedad del Reino de Quito, hoy Ecuador, tiene una deuda especial para con los jesuitas, ya que ellos fueron quienes pusieron la primera botica técnica en nuestro territorio, corno también, la primera casa que se fundó en Quito para cuidar de doncellas en peligro.

En efecto, el padre Martínez Rubio abrió en 1684 la primera botica organizada "por estar la de la ciudad muy mal parada, corrompidas las medicinas y también en manos de un ignorante, que con desconsuelo y peligro grande de los sujetos trocaba las recetas" . . .

Se puso como condición para dar el permiso el que las medicinas fuesen preparadas con industria propia y que a los pobres se les diese gratuitamente.

Además, consta que el P. Calderón, buscó en Europa a dos buenos boticarios, reconocidos, para ser enviados a nuestra ciudad. Y como cuenta el cronista Rodríguez Docampo en esta botica brilló por su misericordia para con los desvalidos, el hermano Juan de Zurana, quien no era un improvisado, antes bien había sido "botiller" de don Juan de Austria, preparaba sus bebidas, y había sido gran escribano y contador. Este llegó a inventar varias medicinas y en especial un parche que llevó su nombre y fue conocido y solicitado por la misma corte del Pontífice Romano.

En general los primeros jesuitas que vinieron a estas tierras no poseían conocimientos de medicina ni trajeron consigo drogas europeas, pero no dejaron de comprender la urgente necesidad que había de hombres que conociese la ciencia de la medicina. Esto especialmente so refiere a los jesuitas alemanes. El P. Speckbacher que casi muere en la travesía de Panamá escribía a su compañero de Alemania, el padre Reusner: "quizás no tanto por su malignidad misma cuanto por la maravillosa manera de combatirla de los médicos españoles, que no prescriben otra cosa que sangrías y enemas.

Aquí tenemos un nuevo campo de investigación para lustre de nuestra colonia y

de la Compañía de Jesús. Es corriente entre los historiadores de Espejo, creer que para ponderar su valor, es menester cargar de sombras oscuras a la Colonia. Esta posición no es científica ni crítica. Yo me pregunto, ¿cuántos han tratado de estudiar la bibliografía médica jesuítica de la Colonia y de las demás instituciones? ¿Quién conoce por ejemplo la influencia del hermano coadjutor Enrique Peschke que antes de entrar a la Compañía, había sido recibido como médico en Praga? No se crea que la lista es escasa. Me falta tiempo. Pero ¿quién en la Colonia no conoció y quizás consultó al Hermano Zeitler? Se conservan cartas de Guayaquil, Cuzco y de todo el Perú pidiéndole medicinas y consejos.

Sin embargo menester es detenerme un instante siquiera, para hablar del Hermano Francisco Steyneffer, nacido en Igaly, Alemania, que misionó durante 35 años en las misiones jesuíticas de México y murió en 1716 en Sonora. No estuvo personalmente entre nosotros. Pero por sus obras médicas sí. A los panegiristas de Espejo se les ha olvidado indicar que el recetario de su uso era el "Florilegio medicinal" compuesto y redactado por el Hermano jesuíta Steyneffer. Quizás lo ignoraban.

El ejemplar a que nos referimos carece de portada y por lo mismo de lugar y fecha de impresión. La tasa y la licencia del Consejo llevan por fecha 1729. Lo que haría de este ejemplar una rareza bibliográfica, pues quienes han estudiado la personalidad de Steyneffer no citan esta edición. En la página de la dedicatoria en una esquina está el nombre y rúbrica del Dr. Espejo que corresponde a la que Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo usaba como consta también, de otro libro que fue de su uso personal, "La Hidra de muchas cabezas". Además esta edición, que creo es la tercera de Madrid, tiene en la página tercera de la introducción una carta del padre Juan Francisco de Castañeda, que parece ser el que paga la edición, una carta dirigida "A los M. RR. Padres misioneros de la Compañía de Jesús de las Provincias del Gran Río Marañón y Amazonas". En uno de sus primeros párrafos "Confieso, escribe, Padres y Hermanos míos, que al ver en mis manos Tesoro semejante, a costa de mucho estudio, y experiencia del Hermano Juan Esteyneffer descubierto, y en Nueva España tan aplaudido, no sufría el ardiente amor que a mi venerada Provincia de Quito siempre la profeso, que las continuas ocupaciones del oficio de las Provincias de Indias difiriese comunicarla este consuelo en señal de mi gratitud y de mi reconocido afecto".

El ejemplar de Espejo por el estado en que se encuentra, indica mucho uso.

Los jesuitas no estuvieron tan a la zaga en cuanto a medicina se refiere, estaban con la ciencia del día y como veremos al tratar del Padre Aguirre, ellos y no Espejo son los precursores en nuestra patria de la investigación y doctrina microbiana, y no como se suele repetir aun en nuestros medios cultos.

Debe citarse también las "RECETAS" que solían los jesuitas de Quito publicar "para alivio de los pobres, como dice una de ellas, y poderoso remedio de los necesitados, que sin consulta, ni intervención de Médicos pueden por sí mismo seguramente curarse". Cito el comienzo del texto de la "RECETA FÁCIL y sumamente eficaz, comprobada con la experiencia, para curar con acierto y prontitud todo género de fríos o sean, los que llamamos quartana, o los que decimos Terciana simple o Dobles, de qualquier causa". No lleva fecha. Está impresa en la primera imprenta por las características de ella. Además el último párrafo nos dice que "Esta es la receta que en la ciudad, y Reino de Quito, se practica". Este impreso no fue conocido por Stols y es la primera vez que se lo cita. Se guarda cuidadosamente en el Archivo de la Biblioteca Ecuatoriana "Aurelio Espinosa Pólit", en donde están los dos libros antes citados y que fueran de uso personal de Espejo. Esta costumbre de repartir recetas gratuitas en las pestes quedó como herencia jesuítica a fines del período hispánico. Nicolás Gerónimo de Camón en su "Oración Eucarística", al hacer el recuento de las medidas que se tomaron en la peste de sarampión, que asoló el Reino de Quito, nos indica que se "dio a la prensa la Receta, que pareció más conveniente,

y se remitieron muchos ejemplares a toda la extensión de la Provincia".

7º LOS JESUÍTAS Y LAS ARTES. LA ARQUITECTURA Y LA PINTURA.

La necesidad de artistas en nuestro medio estuvo determinada por las exigencias de la labor misionera y educacional emprendida por nuestros padres. Bien anota quien dice que los jesuitas "por su situación en lo interior de las provincias y por la dificultad de las comunicaciones necesarias para procurarse de fuera los objetos de la industria, hubo de pensarse en establecer en doctrinas, aunque en medida limitada todas las artes conducentes a la vida. Y para evitar mayores gastos se procuró, en cuanto era posible, que cada pueblo se bastase a si mismo".

En Popayán, que en la Colonia dependía de Quito, el Hermano Coadjutor Simón Schonherr dejó muestras de su arte arquitectónico en la construcción del templo de San Agustín, el convento de San Camilo y la Iglesia de la Compañía.

En nuestra patria basta recorrer las casas que todavía quedan en pie y que fueron de los jesuitas para convenir en la gran contribución con que ellos aportaron a nuestra herencia artística. Quienes conocieron las ruinas de la Iglesia de Ibarra, su regia portada, ahora trasladada a una portería de religiosas; quienes visitan las haciendas de Yurac, Tilipulito y otras más, no pueden menos de confesar el gran aporte que dieron a la arquitectura nacional. Pero sobre todo si reparamos en la obra artística de la Compañía de Jesús de Quito, que ha servido de modelo a tantas otras de este Reino, como de fuera de él.

Justo es detenernos en nuestra iglesia de Quito, porque es ella en confesión de gente versada en el arte "una de las más hermosas, no sólo de la ciudad y de la República del Ecuador, sino aún de toda la América latina; y la mejor sin disputa de cuantas los antiguos jesuitas levantaron en nuestro hemisferio".

Sigamos los pasos de los primeros jesuitas: llegan y durante un mes viven en el "Hospital de los Pobres" o de la "Caridad"; de allí pasan a la iglesia de Santa Bárbara, por estar ésta fuera de la ciudad; no permanecen allí sino unos tres años, hasta 1589 en que se trasladan al nuevo local, que habían adquirido y en donde pensaban edificar su colegio. Este sitio se encontraba al sudeste de la Catedral, quebrada de por medio, y correspondía a la manzana que se halla frente a la actual Iglesia de la Compañía y de lo que ahora es Salón de la Ciudad y fuera Universidad Central.

Aquí levantaron una pequeña iglesia de adobe con el título de San Jerónimo. Era provisional y en ella ejercieron sus ministerios por más de veinte años, desde 1589 a 1613, para aclaración o corrección de nuestros historiadores.

Cuando aceptan la dirección del Seminario diocesano en agosto de 1594 vieron que el local en donde funcionaba era muy pequeño. Estaba frente a la Iglesia del Sagrario. Proponen una permuta de ese terreno con el del colegio que ellos tenían ya abierto junto a su iglesia de San Jerónimo. Adquieren así una parte del área en donde después habían de levantar su nueva iglesia y Colegio. Por fin en 1605 pueden comprar venciendo no pocas dificultades el resto de manzana en la suma de 6.700 pesos. En ese año se comienza la edificación de la iglesia bajo el rectorado del napolitano, padre Nicolás Mastrilli y con colaboración de toda la ciudad y de modo especial de los indígenas que de esa manera querían mostrar su cariño al padre Onofre Esteban. Naturalmente que se les pagaba y por dicha y respaldo nuestro se conservan los libros de pagos. Algún día, quizás, en lápida de cariño constarán esos nombres que dieron una casa nueva al nuevo Dios verdadero.

En 1613 estaban terminadas la nave central y las des laterales, con un costo de

treinta mil pesos. Y aun cuando faltaban el crucero y presbiterio, en 1613 se abre al culto público.

El crucero se termina en 1616 bajo la dirección del hermano Miguel Gil del Madrigal y se levantan las paredes del presbiterio juntamente con la sacristía.

En 1636 había conseguido el padre Francisco de Fuentes del Padre General Musió Viteleschi que viniese a Quito el hermano Marcos Guerra, italiano, arquitecto y escultor, y que antes de entrar en la Compañía había ya dirigido las obras de Nápoles. Según el padre Mercado fue él, quien desde los cimientos levantó la hermosa Capilla Mayor, perfeccionó las de las dos naves poniéndoles bóvedas y linternas, fabricó la bóveda para los entierros de los maestros, hizo los claustros, aposentos y demás oficinas de nuestra casa con excelente arte, porque era excelente en la arquitectura. También hizo el retablo del altar mayor, - prosigue el mismo padre Mercado -, los de los colaterales de nuestros padres San Ignacio y San Francisco Javier y otros porque no sólo era arquitecto sino también gran escultor”.

Y añade un dato muy interesante para la historia de nuestra arquitectura. "Con ocasión de hacer las obras de nuestro colegio enseñó a otros y de su enseñanza salieron grandes oficiales, con que se le deben al hermano Marcos, no sólo los edificios que él fabricó a gloria de Dios sino también los que han edificado sus discípulos".

El Carmen Antiguo, fue levantado y construido bajo su dirección que duró cinco años "mañana y tarde", como atestigua el mismo padre Mercado. El hermano Marcos había convivido con el Hermano Hernando de la Cruz y sin duda, gracias a esta convivencia, respetó en la nueva construcción del Monasterio, todos aquellos sitios que habían sido consagrados por la pureza y penitencias de Mariana de Jesús: la casa de familia, el jardín interior encerrados por el monasterio, que se han quedado estáticos ante el correr de los siglos para hablarnos de santidad y glorias pasadas.

El erudito padre José María Vargas al enjuiciar la historia de nuestro arte no puede menos de decir: "Pero no puede negarse el influjo ejercido por el Hermano Marcos Guerra en el nuevo estilo de construcción. La cubierta abovedada que reemplazó la madera por el ladrillo, se adoptó en los templos del siglo XVII. Las iglesias de Santa Clara, de Guápulo y el Sagrario consagraron el nuevo estilo introducido por el templo de la Compañía".

El mismo hermano Marcos es quien dirigió la sacristía, que ahora es sombra de lo que fue. Nos lo dice el padre Mercado, que vivió durante veinte años con dicho hermano: "levantóla desde sus cimientos; hízola de bóveda muy vistosa por su belleza. En el frontispicio puso un retablo de madera y en su nicho se colocó una devotísima imagen hecha por el diestro pincel del hermano Hernando de la Cruz".

Finalmente, según consta en el Memorial del P. Diego Francisco Altamirano, en 1689 estaba terminada toda la obra material, menos la fechada. Ochenta años habían pasado desde que se pusiera la primera piedra. En estas fechas, 1689 el arquitecto era ya el hermano Coadjutor Francisco Ayerdi y en sus ausencias era suplido por el hermano José Iglesias. Muchas obras de escultura las ejecutó el hermano Bartolomé Ferrer que era escultor de talento y habilidad. El retablo actual y que reemplaza al primitivo, cuyas huellas se pueden ver todavía detrás del actual, fue obra del hábil hermano Jorge Vinterer.

Terminada ya la iglesia y adornado su interior, se puso empeño en rematarla con un frontispicio digno de ella. Las piedras se tomaron de nuestra hacienda de Yurac, cercana a Pintag, en donde todavía se encuentran capiteles a medio hacer y columnas rotas, en mudo testimonio de la verdad y del arte. Pero pronto se comprendió "que no era suficiente dicha cantera y se suscribió un contrato con el convento de Santa Clara, para poder explotar la mina, que se había descubierto y así por cien pesos, se pactó la explotación de la piedra

blanca que había en ella. El contrato lleva fecha de 5 de febrero de 1723. La dirección de la obra estuvo a cargo del padre Ignacio Deubler y las manos expertas que labraron y colocaron las piedras fueron canterones quiteños cuyos nombres constan en un librito forrado en pergamino, en donde se llevaban las cuentas semanales de sus pagos. Por este libro se sabe que desde enero de 1760 hasta el 12 de abril de 1766 se gastaron en la fachada 41.986 pesos y cuatro reales.

Por falta de dinero tuvo que suspender la obra el padre Deubler en 1725. La continuó en 1760 el insigne arquitecto, 'hermano Venancio Gandolfi y también la terminó. La torre se había concluido ya para 1690.

Esta es la historia numérica de la iglesia, de la que dijera Sartorio, después de recorrer América: "Monumentos completos como el de la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito son raros aún en el Viejo Continente".

Comprendernos por qué nuestro antepasados no anduvieron errados al estimar a los jesuitas, a quienes en gran parte debía su fama el Reino de Quito.

En el arte de la pintura nos basta y sobra con el Hermano Hernando de la Cruz que tenía abierto un taller desde el cual ejerció influencia en nuestros compatriotas.

8° LOS JESUÍTAS Y LA MÚSICA.

No voy sino a intentar un estudio sobre estos temas, como en los inmediatamente anteriores, pues aun cuando hay sobra de documentos, la premura de la publicación me obliga a hilvanar datos y deducciones.

La importancia que tiene la música en las misiones de salvajes nadie mejor que el gran misionero del Marañón, P. Francisco Javier Zephyrys, lo ha dicho en una carta a su Provincial: "Los Padres y estudiantes no pueden atraer a los salvajes con matemáticas, porque este conocimiento no es ni entendido ni pedido, pero sí con música, la cual es deseada en toda la India Oeste".

Este padre constata que trabajó mucho por la enseñanza de la música no únicamente desde las misiones sino desde el Colegio de Quito.

No sólo graciosa, sino llena de datos para saber qué instrumentos tocaban nuestros indios es la siguiente cita de una de las cartas del P. Zephyrys: "A menudo nuestra ejecución americana no sale mucho mejor que si se pelearan un gato y un perro. Estas ejecuciones comprenden liras, arpas y maderos, violines desafinados y estruendosas trompetas, lo cual todo armonizan tan lindo, que muchas veces no se puede establecer qué instrumento toca, si es una melodía principal o secundaria, o si la misma es soplada, tocada con cuerda o hecha a golpes".

Otros misioneros también se preocuparon de la música descollando en esta labor el P. Bernardo Zurmillen, y el P. Wenceslao Brayer. Zurmillen siendo misionero del pueblo de la Laguna, capacitó a ocho o diez muchachos para cantar misa de cantos tan armoniosos y bien ordenados que a juicios de algunos padres acostumbrados a oír en Europa misas de buenos conciertos, los encontraban excelentes. Mantuvo aquel misionero la música mientras lo fue de aquel pueblo y la fomentó más tarde, siendo Superior de las Misiones. A su fallecimiento, esta enseñanza se abandonó por falta de maestros. En la reducción de Santo Tomás de Andoas, el P. Wenceslao Brayer enseñó a cantar la misa a media docena de niños, hizo aprender a tocar el arpa en Quito a un indio inteligente de la Sierra y enseñó por sí mismo a tocar el violín y mantuvo un lucido coro. También, como en el caso del pueblo de la Laguna, los sucesores del P. Brayer, por no poseer nociones musicales, abandonaron arte tan útil.

En la reducción de los Jeveros introdujo la música el P. Francisco Javier Zephyrys, mediante un coro de clarinete, cornetines y flautas, y enseñó a 12 muchachos escogidos a cantar la misa a dos voces, alcanzando a organizar toda una misa cantada muy elogiada en su época, aunque él, a juzgar por la carta que hemos citado, nunca supo qué instrumento tocaban, cuando tocaban todos, ni quién llevaba el canto y quiénes el acompañamiento. Otra de las grandes personalidades misioneras de América fue el alemán P. Carlos Brentano quien, siendo Superior de las misiones del Marañón español, trasladó al P. Zephyrys a la reducción de San Regis, enclavada en el seno de la selva virgen, para que introdujese entre los indios Yameos el uso de la música y del canto, tal como lo había logrado entre las tribus de los jeveros. Dice Chantre y Herrera:

"Logróse al fin lo que se pretendía, porque, llevando el Padre consigo cuatro indiecitos de los suyos, dos tañedores y dos cantores, enseñó con ellos a los Rameitos de San Regis, los cuales entraron prontamente en el canto. . . . Ideaba ya el mismo P. Zephyrys comunicar a otros el mismo beneficio, y el superior le animaba a la ejecución, cuando al año y medio los dos fueron mandados salir a la Provincia, el Superior para secretario del Provincial, y el P. Zephyrys para Rector y Maestro de novicios".

También entre los Omaguas, y sobre la base de la reducción de San Joaquín, el P. Zurmillen inició un florecimiento de la música desde 1723, y hubo un indio Omagua a quien los misioneros hicieron aprender el arpa en Quito, que con un rabelista, enseñado por el P. Brayer, acompañaba el canto con singular gracia, según el historiador citado.

Se puede afirmar que todos los rastros de cultura musical que se encuentran en las tribus del Amazonas provienen directamente de la enseñanza de los jesuitas alemanes, pues hasta la llegada de los mismos carecían de todo instrumento y de toda noción del canto".

9º LOS JESUÍTAS Y LA PRIMERA IMPRENTA.

La primera imprenta que funcionó en la América Meridional, la trajeron los jesuitas a la ciudad de Lima en 1584. Ellos también la llevaron por vez primera al Virreinato del Río de la Plata y a Chile.

Igualmente, a nuestra patria, ellos fueron quienes la trajeren, luego de largo batallar con las autoridades españolas. El 4 de diciembre de 1740 los padres Tomás Nieto Polo y José María Maugeri presentaron su primera solicitud al Consejo de Indias para establecer en uno o dos colegios la imprenta. Esta solicitud fue negada. En 1741 Alejandro Coronado, paje de los padres Procuradores hace igual solicitud por medio de don José Real. El 6 de octubre de 1741 se expide la Cédula Real otorgada a Alejandro Coronado. El 3 de febrero de 1744 muere Alejandro Coronado y hereda la Cédula Real su madre Ángela Coronado. En 1746 a 11 de julio, el padre Nieto Polo saca una copia certificada de la Cédula en el Puerto de Santa María. En octubre 1º de 1748 Angela Coronado cede la Cédula a Raimundo de Salazar para imprimir en la imprenta que hacen venir los jesuitas. La Compañía de Quito recibe la concesión legal de la Cédula de manos de Ángela Coronado el 13 de marzo de 1751 y el 30 de abril del mismo año los Oidores con su Presidente aprueban la cesión en favor de la Compañía. Llega por fin a Guayaquil el 25 de diciembre de 1754 con destino a la ciudad de Ambato el hermano Coadjutor Juan Adán Schwartz, nacido en Dilinga, Alemania es el primer regente de la imprenta y quien sin duda inicia en la impresión a Raimundo de Salazar. En 1755 aparece el primer impreso realizado en nuestra patria: "Piissima erga Dei Genitricem devotio ad impetrandam gratiam pro articulo Mortis". Funciona en Ambato hasta 1759 en donde se imprimen hasta doce publicaciones, por lo menos las conocidas hasta la fecha. En este año de 1759 se traslada a Quito en donde se imprime el primer libro que lleva por título: "Divino Religionis Propugnáculo Polari Fidclium Syderi" y su autor es el esclarecido padre Juan Bautista Aguirre. Funciona

la imprenta en poder de la Compañía de Jesús hasta 1767 año de la expulsión. Se conoce más de quince publicaciones. Digo más de quince porque desde las quince señaladas por Stols han ido apareciendo otras, que por no estar todas en nuestra Biblioteca, sino también en poder del erudito y caro amigo Carlos Manuel Larrea, que se encuentra fuera del país, no podemos hacer la cuenta exacta. La misma "Receta fácil" para curar el paludismo y que antes la citamos no era conocida por nadie, hasta la presente.

En 1779 Raimundo de Salazar recibe la imprenta que fuera de los jesuitas y ayudado por otra pequeña que había traído de Lima en 1757 se dedica él solo a la impresión en nuestra ciudad. En esta imprenta se edita el 5 de enero de 1792 el primer número de las Primicias de Quito. En 1794 Mauricio de los Reyes recibe el taller de Salazar. En 1825 se imprime "El Espectador Quiteño" y luego de 70 años de servicio parece que desapareció destruida por el General Juan José Flores.

Heredera de esta gloriosa tradición es en la actualidad la Prensa Católica o Editorial Ecuatoriana que desde más de un lustro viene contribuyendo con sus publicaciones al desarrollo del pensamiento libre ecuatoriano en nuestra patria.

10° LOS JESUÍTAS Y LA ENSEÑANZA PRIMARIA

Nos cabe la gloria de que fue un jesuita el padre Gaspar Cugía el que abriera las primeras escuelas en nuestras selvas amazónicas para niños y niñas, en Borja en 1640. Pero no eran escuelas simplemente, sino también artesanales. En todas las reducciones, nuestros misioneros fueron fundando escuelas que al juzgar por el número de las primeras no han sido superadas todavía en pleno siglo XX. Un testimonio tan sólo que por su significado vale por todos. Desde San Joaquín de Omaguas escribe el padre Manuel de Uriarte a su hermana: "Al escribir esto están en mi cuarto diversos niños, unos leyendo y escribiendo, otros aprendiendo instrumentos para la iglesia. . . Tengo diez y seis niños en casa, como seminario, que aprenden lengua inga general y algunos arpa y violín, otros herrería, otros carpintería y pintura".

En nuestra Sierra tuvimos escuelas primarias dirigidas por hermanos coadjutores en todos los lugares en donde tuvimos casa. Dejando a un lado por no ser ecuatorianas Buga, Popayán, Pasto, Panamá y Piura, que dependían de Quito, tuvimos escuelas primarias en Quito por un período corto, en Latacunga, Cuenca, Ibarra, Guayaquil, Riobamba, Loja y Ambato. Debemos tener muy en cuenta que todas estas escuelas eran gratuitas. Por lo mismo la conservación, alimento de los profesores y a veces hasta el material escolar corría a cargo de los jesuitas.

Antes de pasar a reseñar brevísimamente la obra en la enseñanza secundaria diré algunas reflexiones sobre el método que tenían nuestros padres en la catequización y educación primaria de nuestros indios.

Seguían las instrucciones que los Padres Generales y Visitadores iban dando según las circunstancias e informes que recibían de los Provinciales. Ahora bien la diferencia entre el método de los Padres Franciscanos y otras Ordenes y la Compañía estriba en que esta última se persuadió desde un principio que la obra de la evangelización tenía que ser forzosamente lenta y había de emprenderse de un modo estable y seguro, dado el espíritu conservador del indígena, su apego a las costumbres recibidas y su mentalidad no desarrollada. Tratándose de adultos esta dificultad se presentaba en toda magnitud y variaba, como es natural de un pueblo a otro, pero donde ella no ofrecía estos inconvenientes se tropezaba con otros. Así por ejemplo en las tribus del Amazonas. Nómadas por lo general, y acostumbradas a la vida libre del bosque se hizo muy difícil sujetarlas a vivir fijamente en un pueblo. Empero la constancia del misionero y sus industrias llegaron a vencer esas dificultades y el hecho es, que la Compañía logró formar poblaciones

estables de indios en toda América. Esto es una prueba de su sistema. Únicamente que para realizarlo tenían que convertirse en árbitros de la vida civil de las reducciones, y no contentarse únicamente con el cuidado de sus almas. Lo cual, como sabemos, acarreó sobre los jesuitas censuras y críticas y fue uno de los motivos especiosos para la expulsión de los dominios españoles.

Un párrafo de carta del Marqués de Mancera al Rey, de 23 de Julio de 1642, resume con exactitud lo que en las doctrinas hacían los jesuitas y nos da la explicación del éxito obtenido. Dice así: "Por las noticias que tengo de estas doctrinas. . . y las que he procurado especiales... puedo afirmar a V. M. que en la Relación que hace el P. Provincial. . anduvo corto. . . porque el arte con que lo gobiernan, el inmenso trabajo que les cuesta, la puntualidad con que doctrinan a los indios, la piedad con que los curan y el valor con que los defienden de las molestias que suelen hacerles los españoles, es todo digno de grande admiración y de que se atribuya a obra más que humana que no se puede conseguir en los indios".

11º LA SEGUNDA ENSEÑANZA.

En 1588 se abren, en la misma casa de Santa Bárbara, las primeras clases de "Gramática", que no correspondían a lo que ahora podemos imaginarnos, sino, como bien dice Francisco Cáscales, en su **Epístola III**: "oficio del gramático es la ciencia de hablar y explicación de los autores: la primera se llama metódica, la última histórica. El llamarse los gramáticos así, les viene de la lengua griega, - prosigue el mismo -, pero al principio se llamaban en latín letrados". Como sabemos las Clases de Gramática correspondían a nuestra secundaria en sus primeros tres o cuatro años. En nuestros archivos se halla la "Praxis", el Horario o Método, que en nuestro Colegio de Quito se siguió.

En la **Crónica Anónima** se indica este glorioso comienzo de nuestros colegios en Quito, con esta frase, que debiera ser esculpida en los muros del antiguo Colegio "S. Gabriel", hoy "Gonzaga": "Este año de 1588 se empezó a leer Gramática, enseñando juntamente, a los estudiantes la virtud y plucía xpiana. de que estaban muy faltos, lo qual se ha seguido y augmentado con otras liciones de Artes y theulugía Moral, con notable fructo y aprouechamiento de los oyentes".

El primer local fue el de San Jerónimo, es decir, en la manzana de la calle de la iglesia del Sagrario. Acudieron desde el primer día ochenta alumnos, que en pocas semanas, subieron a ciento cincuenta. A este curso de Gramática debía seguir el de Humanidades, Retórica y Poesía.

Cuando los primeros alumnos terminaron sus estudios de Retórica, diríamos su secundaria, en términos actuales, tuvieron los jesuitas que abrir el primero de Filosofía. El primer profesor fue el P. Frías; la fecha de iniciación, enero de 1590; y cuarenta fueron los primeros alumnos, entre los cuales había ya de otras ciudades del Reino de Quito y de Nueva Granada. El número de los alumnos sufrió el vaivén que toda institución soporta, hasta el año de 1767 en que fueron expulsados de Quito los profesores.

Debemos dejar asentado que la **enseñanza era gratuita**, y no exigía ni del erario real ni de la ciudad ayuda alguna. Los internos o tenían becas o pagaban tan sólo su alimentación. Racional y lógico era pues, que los jesuitas dentro de las normas de su Instituto, se buscasen los medios para sostener profesores, aulas, libros y todo lo que supone el funcionamiento de muchos establecimientos.

El 30 de marzo de 1638 autoriza la Real Audiencia la fundación del Colegio de Cuenca, en donde se abrieron las clases de Gramática bajo la dirección de los padres Cristóbal de

Acuña y Francisco de Figueroa. Esta casa también estaba destinada a ser como cuartel de aprovisionamiento) para las misiones de los jíbaros.

El 16 de diciembre de 1640 nos hacemos cargo del Colegio de Popayán en donde además de las clases de Gramática tuvimos la Academia de S. José con la cátedra de filosofía, teología y moral. En 1710, el P. Jacinto Moran de Buitrón, como rector, inauguró el nuevo edificio del colegio e iglesia.

En Ibarra primeramente tuvimos una residencia que debimos cerrarla, para el 19 de agosto de 1684 poder abrir formalmente el nuevo colegio. Su primer rector fue el padre Domingo de Aguinaga. Aquí funcionaba también la escuela, con doscientos alumnos, y la clase de Gramática con treinta. Nunca progresó este colegio debido al paludismo de la región. En este colegio los alumnos recibían gratuitamente hasta sus útiles escolares. En 1702 se comenzó en esta ciudad a construir la iglesia que debió ser muy hermosa y que fuera destruida por el terremoto de 1868.

Aun cuando una cédula real permitía el 1° de julio de 1689, abrir el colegio de Riobamba, sólo a comienzos del siglo XVIII, se logró inaugurarlo. Su insigne bienhechor fue el párroco de Licán, el Maestro Pedro Pailón. Este colegio costaba también todos los útiles escolares de modo que toda la enseñanza era completamente gratuita, tanto la primaria como la de Gramática.

El Colegio de San Javier de Guayaquil, aun cuando la ciudad lo había solicitado ya en 1688, únicamente pudo abrirse en 1705. En pleno desarrollo del colegio sobrevino el incendio de 1727 que lo redujo a cenizas. Sus alumnos de Gramática nunca fueron numerosos, no así los de primaria.

No diré nada de los colegios de Buga y Panamá que pertenecían también a la Provincia jesuítica de Quito. Únicamente anotaré que en 1712 la residencia de Pasto pasa a convertirse en Colegio con una escuela y clases de Gramática. Fue su primer rector, el P. Ignacio Ormaeui.

El último colegio en abrirse fue el de Loja, que por cédula real pudo hacerlo desde 1727, pero por dificultades económicas, tardó varios años en realizarlo. La escuela se abrió en 1750 gracias a un legado de don Miguel de Valdivieso.

En Ambato, aun cuando el Rey por cédula suya, de agosto de 1747, permitió se abriese un colegio, no se logró que su apertura fuese legalizada por la Real Audiencia. Con todo, existió la enseñanza secundaria para unos treinta alumnos, además de la escuela.

En Latacunga, en el Hospicio, funcionaban desde casi los comienzos de nuestra llegada al Reino de Quito una escuela primaria y luego las clases de secundaria, o Gramática. Pero en 1663 se clausuraron por la cédula real de 1656, la cual, la Audiencia no la había puesto en vigor por los grandes males que implicaba para la educación de esa región. Cuando en 1673 nuestro Noviciado se trasladó a dicha ciudad junto a él se abrieron tanto las clases de secundaria, como las de primaria, a las cuales asistían numerosos niños. No tememos repetir que la educación en todo el Reino era gratuita tanto para ricos como para pobres.

Por último unas pocas líneas sobre el **Seminario de San Luis** de Quito. Lo funda Monseñor Luis López de Solís en 1594 y lo entrega a la Compañía de Jesús, que de inmediato abre las cátedras de Teología Moral y Escolástica. Fue su primer rector hasta 1601 el célebre padre Diego Álvarez de Paz. Al terminar el primer decenio de la fundación, el mismo Señor Obispo escribía al Rey el siguiente informe: "han salido muchos clérigos virtuosos y con buena suficiencia que ahora son curas con grande aprovechamiento

de los indios y descargo de la conciencia de Vuestra Alteza".

Testimonio por demás revelador y desconocido es el que da el Rector del Colegio Real Mayor y Seminario de San Luis de Quito a la Gobernación Suprema de Ultramar a 13 de Septiembre de 1812 o sea cuando ya los padres jesuitas estaban extinguidos. "Los progresos, dice el Rector, Dr. José Manuel Flores, los progresos literarios que antes se lograron en el Colegio de S. Luis, los dan a conocer muchos hombres sabios que de él han salido para servir a Dios y al Rey, en los obispados, tribunales y Parroquias, con un perfecto desempeño de los deberes anexos a sus empleos; y **aunque actualmente no se vean otros iguales**, tampoco se hallan los estudios en un estado deplorable"... "Acerca de la decadencia que se reconozca en los estudios, no se puede negar que es visible la que hay en cuanto a la lengua latina... Por lo respectivo a la decadencia en el rumore de estudiantes. . . nace de la venta de fundos y rentas que eran propias del Seminario".

Doble testimonio en favor de los jesuitas: para su método de enseñanza y para desvirtuar sus exageradas riquezas. Sus haciendas les permitieron dar esa educación gratuita.

Digamos algunos nombres de antiguos alumnos del Seminario de S. Luis. Gaspar de Villarroel, obispo de Santiago de Chile; José Javier Aráuz, Arzobispo de Santa Fe; Juan Machado de Chávez y Mendoza, Obispo de Popayán; Mateo Joaquín Rubio y Arévalo, Oidor, Presidente interino de la Audiencia, Obispo de Cebú y de Popayán; el santafereño Francisco de Figueredo, Obispo de Popayán y Arzobispo de Guatemala; los limeños Andrés García Zurita, auxiliar de Guamanga y titular de Trujillo; Andrés Paredes y Armendáriz, Obispo de Quito; el popayanejo Juan Nieto Polo del Águila, Obispo de Santa Marta y Quito; José Alejandro Egúez y Villamar, nativo de Alausí y Obispo de Santa Marta; Manuel Nicolás Rojas Argendoña, de Santiago de Chile, Obispo de Santa Cruz de la Sierra; José de Cuero y Cayzedo, de Cali, Obispo de Cuenca y Quito; Francisco Javier de la Fita y Carrión, de Sibambe, Obispo de Cuenca.

12° ESTUDIOS SUPERIORES. LA UNIVERSIDAD DE S. GREGORIO.

No voy a reseñar la historia de estos estudios superiores. Indicaré de paso como dato inédito la partida de nacimiento de esta gloriosa institución quiteña tal como la trae la Carta Anua de 1608 que si bien la verdadera fundación data de 1622, sin embargo los primeros actos y clases universitarias arrancan desde años atrás.

"Comenzóse, dice la carta, con curso de artes con casi quarenta estudiantes; dióse principio a la lección de theología con una prelección muy docta y curiosa, a la cual asistieron el Sr. Obispo, y Corregidor, y de todas las religiones, y a todos satisfizo mucho. Prosiguiese lo uno y lo otro con aprovechamiento de los estudiantes, y muestras de él en actos que en tierras tan nuevas parecen, bien y despiertan el gusto y apetito de las letras que por acá está muy postrado".

En 1604 había solicitado el Señor Solís al Monarca español, la licencia para que los jesuitas graduasen, según sus privilegios, a sus discípulos en Artes y Teología; pero únicamente la cédula de Felipe IV de 2 de febrero de 1622 legalizó la fundación.

Esta Universidad tuvo las siguientes cátedras: dos de latinidad, dos de filosofía, una de teología moral, dos de dogma, dos de cánones y la de derecho civil, las cuales comprendían varios cursos anuales según el método de la Compañía.

Trabajó nuestra universidad hasta la expulsión 147 años, y según el Padre Juan de Velasco, en este tiempo hubo 87 promociones de graduados. Desde 1622 a 1650 nos atestigua el Secretario de la Universidad, el prolijo cronista Rodríguez Docampo, salieron

160 maestros y 120 doctores, unos ya muertos y otros vivos, que son predicadores en esta Catedral y en las ciudades de este obispado, con gran aprobación de sus letras e ingenios, como lo publica la evidencia general que de este favor del cielo se ha conocido en estas provincias".

Anotemos de paso que Rodríguez Docampo no era jesuita. Conteste con este testimonio de 1649, está el del notable historiador padre José M. Vargas, cuando escribe: "Sin género de duda fueron en Quito, los jesuitas, los que más contribuyeron al realce cultural y moral, mediante el Colegio de S. Luis y la Universidad de S. Gregorio. Esta fue el semillero del saber y la cultura para eclesiásticos, religiosos y civiles que levantaron a Quito al nivel de Lima y Méjico. Los Jesuitas fueron de los que más influyeron en la cultura de Quito Colonial, así por la competencia de su profesorado como por los libros que dejaron escritos".

13° LOS LIBROS DE LOS JESUÍTAS

Me gustaría enormemente hacer un detenido estudio, pero el carácter del presente trabajo me excusa de intentarlo. Mas tenemos todos, o casi todos los documentos, para objetivamente valorar en su justo aprecio las librerías o bibliotecas de los jesuitas.

Existen en nuestro archivo las listas oficiales de las entregas de los diferentes colegios y casas, como allí mismo se guarda el expediente de la entrega de la Biblioteca General, con 14.892 volúmenes, al Dr. D. Eugenio Espejo, en cuatro folios y en catorce la lista de libros de la Universidad de S. Gregorio. Este estudio nos llevaría a ver quién tiene razón, si aquellos que hablan, porque así oyeren hablar, de las sombras de la Colonia, o quienes creen que estuvimos a un nivel digno dentro del concierto universal. Escuchemos lo que dice el mismo Espejo en su carta al Rey en 26 de septiembre de 1794. "Hace dos años y ocho meses a que el Presidente de esta Audiencia Don Luis Muñoz de Guzmán, me tiene empleado en el ejercicio de Bibliotecario mayor de esta Biblioteca, que la clemencia de V. M. se digno donar a esta ciudad. He recibido el despacho en forma: mediante él, he pedido la asignación de mil pesos anuales de renta, a exemplo de la de mil y quinientos, que goza el que lo es de la Real Biblioteca de Lima, **que no es ni tan numerosa, ni tan comprensiva de muchas facultades**, como ésta de los regulares extinguidos (jesuitas) de Quito".

Y tenía razón el Dr. Espejo en esta su carta, que es una en las que solicita mejores honorarios a las autoridades españolas, ante las cuales hace protesta de su gran fidelidad y humildad. Espejo en efecto como él mismo dejó escrito, entre los libros de la Biblioteca General de Quito y de las otras casas recibió cerca de 40.000 volúmenes. Los duplicados fueron subastados en Quito. Razón tuvo Caldas en sus admiraciones al ver tal Biblioteca de los Jesuitas. Razón tuvo de La Condamine en sus ponderaciones, como tuvo Humboldt y como tuvo aquel sabio alemán que en 1946 no pudo contener las lágrimas al acariciar entre sus manos el incunable gótico fechado en 1493 con el título de Liber Chronicarum y como la que tuvo el erudito sociólogo colombiano, Vicente Andrade, a quien le vi personalmente, dar un salto para sacar del estante un libro del siglo XV por el cual había tenido que viajar desesperadamente por toda Europa para su tesis doctoral.

Y uno se pregunta: si acaso Espejo tuvo razón en llamar "obscura región" a Quito cuando él mismo confiesa de su biblioteca, la de los jesuitas, "era más numerosa y comprensiva"? Esos libros de la "obscura región" de Quito son ahora expuestos, como luminosos faros de cultura en otras Bibliotecas del mundo entero, en donde es fácil reconocerlos por la pintura que tenían en el lomo los libros de los jesuitas quiteños.

No puedo dejar de citar lo que consignara el Padre Recio acerca del local de

nuestra biblioteca: "Quiero concluir describiendo la limpieza y belleza de la librería del Colegio de Quito, para apartar de la memoria las plagas que he ponderado. Muchas librerías buenas he visto, pero a ninguna doy la primacía. vi las de Alcalá y Salamanca, y aunque la una le excede en cantidad y selección de libros, y la otra también en el ornato y grandeza de la pieza, mas en la de Quito admiré un complejo que ni se halla en las dos mencionadas ni pienso que en alguna otra parte se hallará tan cabal. Es pieza bien capaz, clara como el sol, teniendo de cada banda ventanas muy rasgadas con bellas vidrieras, con una proporción tan adecuada en la puerta, ventanas y gallardía de los estantes, pinturas de los doctores, estatuas de las facultades, mesas para el estudio, escupideros con arena, pavimento de tabla hermosa contra el polvo, bóveda hermosa, que no permite telarañas, y todo tal, que no hay más que pedir. Pero vino la plaga. Hágase la voluntad de Dios".

Y si nos concretamos a los libros manuscritos no podemos numerar sino 408 volúmenes de autores jesuitas repartidos 370 en la Casa de la Cultura de Quito, 1 en la Universidad Central, 3 en el Archivo del convento de Santo Domingo, 1 en la biblioteca particular de don Carlos Manuel Larrea y 33 volúmenes en el Archivo de la Biblioteca Ecuatoriana "Aurelio Espinosa Pólit".

De estos 408 volúmenes, 193 son manuscritos que tratan de filosofía. De teología tratan 208 libros y siete volúmenes son literario-lingüísticos.

Si pretendemos clasificar sus autores nos encontramos con que 172 son de autor anónimo; 50 son de autores españoles, italianos o hispanoamericanos y 21 son de autores ecuatorianos, cuyos nombres deben ser consignados para gloria nuestra más que de ellos mismos: Antonio Ramón de Moneada, lojano; Antonio Manosalvas, ibarreño; Rodrigo Narváez, cuencano; Marcos de Alcocer, riobambeño; Diego Abad de Cepeda, riobambeño; Pedro de Rojas, lojano; Sebastián Luis Abad, guayaquileño; Diego de Ureña, lojano; Jacinto Basilio Moran de Buitrón, guayaquileño; Nicolás Cisneros, quiteño; Nicolás de la Puente, quiteño; Marcos Escorza, quiteño; Luis de Andrade, cuencano; Fernando Espinosa, cuencano; Miguel Manosalvas, ibarreños José Ortega, quiteño; Jacinto Serrano, riobambeño; Sebastián Rendón, lojano; Pedro Garrido, lojano; Juan Bautista Aguirre, dauleño; y Joaquín Ayllón, ambateño.

Testimonio elocuente de la labor de los jesuitas son esos 408 tomos manuscritos que sin duda alguna son el resto salvado de las vicisitudes de tres siglos de incuria de parte de quienes los arrebataron a sus legítimos dueños.

Pero si adentrándonos en el valor intrínseco de los textos nos preguntamos ¿la labor educativa de los jesuitas en la Colonia estuvo a la altura del resto de la investigación universitaria de su tiempo? Y en segundo lugar esa investigación soportó además algo nuevo en el campo científico?

Pues bien, nos dice quien ha estudiado la cuestión, "una comparación de los textos extranjeros con los correspondientes de nuestros catedráticos de Quito nos lleva a la más optimista conclusión: los nuestros están ciertamente en pie de igualdad con los extranjeros: la información no es menos rica; las citas de autores contemporáneos son equivalentes, y la crítica que se les hace es igualmente seria y vigorosa; la exposición positiva de la doctrina es, en fin, igualmente sólida. Ni se limita sólo al campo especulativo esta paridad; se extiende no menos al experimental, como puede comprobarse sobre todo en algunos capítulos de Física, el relativo a los espejos, por ej., que viene tratado con especial esmero y profusamente ilustrado de imágenes; la misma exactitud en la determinación de planos, la misma precisión matemática en la perspectiva, la misma prolijidad en la figuración trigonométrica de las proyecciones.

En una palabra, nuestra opinión sobre la altura con que la Universidad de S. Gregorio desempeñaba su primer cometido científico es completamente favorable: no abrigamos la menor duda sobre ello".

Para responder a la segunda pregunta si nuestra Universidad de S. Gregorio contribuyó con su investigación original al progreso de las ciencias, se necesitaría haber estudiado detenidamente los 408 textos. Yo no he tenido tiempo. Nadie lo ha hecho. Es un campo reservado a quien quiera descubrir al mundo científico, nuestra labor, a la vez que daría gloria a la patria, que apenas figura en las historias de las ciencias de los siglos XVIII y XIX.

Que hubo trabajo personal en nuestros profesores nadie puede dudarlo. Basta abrir cualquier libro de ellos. La Física del Padre Juan Bautista Aguirre por ejemplo me ha confirmado lo que acabo de decir. Volveré a este punto cuando trate del mismo padre entre los jesuitas del Extrañamiento.

"En efecto un número considerable de los 71 catedráticos registrados revelan en el manejo de los temas un trabajo de especulación enteramente personal: lejos de limitarse a repetir el planteo y la solución tradicionales de los problemas, ahondan en ellos hasta llegar a veces a enfoques realmente nuevos de las cuestiones, y a una argumentación, si no nueva en sí misma, sí con frecuencia "remodelada" y transformada con el propio esfuerzo, de modo que el producto tal como está resulta en realidad de fabricación doméstica con suficiente derecho a patente de invención".

"Es pues, por lo menos probable, que el trabajo de investigación original fuera de verdadera envergadura universitaria en S. Gregorio. Que la potencia y sobre todo la abundancia de los esfuerzos investigadores no llegaran al nivel europeo, no tiene por qué extrañarnos si consideramos las circunstancias: el número de hombres de estudio, incomparablemente más reducido aquí que allá; los medios de trabajo, y sobre todo la tradición letrada, el ambiente intelectual y científico poderosamente desarrollado ya en Europa y aquí en mero período de incipiente formación".

En resumen podemos decir que nuestra Universidad de S. Gregorio se encontraba en cuanto a investigación científica a la misma altura en que se encuentran nuestras universidades actuales respecto, por ejemplo, a las estadounidenses de nuestros días.

La actual Facultad de Filosofía de S. Gregorio de la Universidad Católica, heredera en el nombre de la Colonial, tiene una cita de honor y patriotismo con esos 408 volúmenes que esperan, en lugar extraño a una casa de la Compañía, el estudio para obtener el verdadero juicio sobre el aporte filosófico y teológico que en ese precipitado de cultura jesuítica en el Reino de Quito, tiene la Compañía de Jesús.

"En verdad - ha pedido escribir Germania Moncayo da Mongo en su libro La Universidad de Quito -, la Universidad de San Gregorio dio hombres ilustres en letras, ciencias y política, tanto eclesiásticos como civiles. Quito alcanzó por su medio un nivel igual al de Lima y México, rebasando a las dos en la floración artística que su amor a las bellas artes hizo producir".

El "Libro de Oro" que ahora posee la Universidad Central registra los nombres de las personas que se graduaron desde 1640 a 1766, Allí podríamos encontrar todos los nombres de los obispos que, como alumnos del Seminario de San Luis citamos antes, y que en su mayoría se doctoraron en las aulas de San Gregorio. Allí entre otros está el nombre del General Ignacio de Escandón, de Ignacio de Aybar y Eslaba, del Padre Marcos de Alcocer, del Presidente de la audiencia de Charcas, N. Flores, del Presidente de la Real Audiencia de Quito, Dn. Fernando Félix de Sánchez de Orellana, etc. Si Espejo fuera alumno de esta Universidad no lo creemos; que fuera de los jesuitas en el Colegio nos dice él mismo: con

estas palabras: "A la edad de quince años deseó ardientemente ser conocido por bello espíritu, y aunque **logró las celebridades de los jesuitas**, el vulgo le despreció. . . .